

ESPADA PROTOETRUSCA Y FRAGMENTOS DE OTRA DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

OCTAVIO GIL FARRÉS

Revista: *Ampurias*, n. IX.

pp. 286-287.

Barcelona 1947.

Si exceptuamos las típicas hachas “rectangulares” con dos muñones, ya en bronce, ya en hierro, pocos objetos posee nuestro Museo Arqueológico Nacional, pertenecientes a las culturas mediterráneas, que correspondan a la obscura época que sirve de tránsito entre la Edad del Bronce y la del hierro.

Sin embargo, al poco tiempo de pertenecer a dicho Centro, y con motivo de revisar la numeración de la mayor parte de las piezas procedentes de Italia, pudimos constatar la existencia de una espada, completa, de tipo protoetrusca, objeto de la presente nota, de la cual ignoramos, hasta hace poco, su procedencia y la fecha de entrada en el Centro, por ofrecer casi borrada el número que le correspondía.

Más tarde la vimos reproducida en un importante trabajo del profesor Almagro, quien la cree hallada en Tortosa (Tarragona).

Recientemente, hemos sabido por el mismo profesor –que suponía extraviada dicha pieza- que él la tomó, para su artículo, del Museo Español de Antigüedades, en donde aparece grabada, junto con otras.

Consultado por nosotros el trabajo referente a la misma, así como la obra tan conocida de Carthailhac, sobre la prehistoria peninsular, que también la cita y reproduce, resulta que esta espada no procede de Tortosa, sino de Bétera, en la provincia de Valencia, equivocándose también en la procedencia el autor francés. Ello no tiene nada de particular atendiendo a lo confuso de la redacción, pues Fulgosio apenas “cita” la pieza de que trata en cada caso, hasta el punto de que nosotros hemos tenido que comparar las medidas que él da en el texto con la obtenida por nosotros, del original, para saber ciertamente a cuál se refería.¹

Esta espada, pieza excepcional y quizá única en España, mide 0'486 metros de longitud, de extremo a extremo; 0'041 m. de anchura máxima, al inicio de la hoja, y 0'03 m. de grosor. Consta de larga hoja, con punta alargada, de “Lengua de gato” y, por la parte opuesta, se prolonga en una lengüeta de forma romboidal que termina en un frontón de contorno totalmente curvo. Para ajustar con los cachos, la lengüeta presenta reborde, bastante deteriorado, en toda su longitud, extendiéndose, pues, desde el pomo hasta la curvatura del comienzo de la hoja. Además, existen cuatro orificios, uno de ella conservada todavía un clavito; hay dos en la cabecera de la hoja, y los restantes, en los centros de la lengüeta y del frontón.

Un pequeño nervio central refuerza la hoja, dando lugar a cuatro mesas, y ella se decora con dos series de seis canaladuras cada una, que comienzan en los filos, por debajo de los agujeros, para, después de describir un cuarto de círculo, continuar casi paralelamente a aquél hasta 5 cm. antes de la punta en donde se juntan; cabe añadir que la serie del lado derecho –en ambas caras lo mismo- se continúa, además, en línea recta hasta alcanzar con la lengüeta. Aun podemos decir que, por encima de la sección arqueada de dicho adorno, corren otras dos incisiones curvas, que arrancan también del filo y van a unirse en el nervio central.

Esta pieza, que es característica de la época inicial del Hierro en Italia e idéntica a otra encontrada en Veji (Roma), tiene su paralelo más cercano, en cuanto a la lengüeta y el frontón, con una procedente de Torre Galli, en hierro, y que mide 0'443m. de longitud, al parecer, derivada de otro tipo itálica, de bronce, hallada en Tarquinia, que presenta también algo de abultamiento en el puño y la base del frontón plana. Si consideramos que esta última pieza pertenece al Hierro I de Italia Central –anterior a los Etruscos- que se fecha el 850 a. de J.C., no parece improbable que la nuestra, junto con la que hemos comparado, pueda situarse entre el 800 y el 750 a. de J.C., ya que, además, éstas caen dentro del Hierro II de la misma zona, también protoetrusca. Huelga decir que unas y otras derivan de las espadas del período Micénico, como la hallada en Muliane, de bronce, que todavía ofrece la lengüeta y el frontón con lado rectos, pero ya con rebordes acusados que se extienden hasta la hoja.

1. Efectivamente, Fulgoso habla de las espadas de bronce, indicando las medidas de 0'48 metros para una, procedente de Betera, y de 0'71 m. para la otra, hallada en Tortosa. Hecha la medición de la nuestra, resulta que tiene 0'48 m. de longitud, por lo que su identificación con la primera no deja lugar a duda. Con este dato y con la fecha de publicación del citado tomo del “Museo” acudimos al inventario del Centro para ver si conseguimos localizar la pieza, ya que en 1872 dicha espada debía estar por fuerza en el Museo. Consultado el mismo, aparece con el número 190 del “Inventario de Objetos que formaban el Gabinete de Antigüedades de la Biblioteca Nacional”.